

# Mito

Francesca Gargallo

# Utopía

Javier Perucho



**UACM**

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

En el tiempo de la cosecha la comunidad recoge los frutos maduros, productos del cultivo que representan el esfuerzo invertido durante toda una temporada. Cosechar es sinónimo de logros.

**Portada:** Hoja de colorín, *Erythrina americana*, de forma ovada, trifoliolada de margen entero.

Cosecha de Palabras

5

Mito

Utopía



# Mito

Francesca Gargallo

# Utopía

Javier Perucho

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

## COSECHA DE PALABRAS

© *Cosecha de Palabras. Mito. Utopía*. Primera edición, 2009

© *Mito*, Francesca Gargallo

© *Utopía*, Javier Perucho

D.R. © 2009 Universidad Autónoma de la Ciudad de México  
Av. División del Norte 906, col. Narvarte Poniente  
Delegación Benito Juárez, México, D.F., 03020  
Teléfono: 1107 0280

Coordinación editorial: René Nájera Corvera

Edición: Yvonne Cartín Cid, Israel Ramírez

Diseño de la colección y portada: Benito López Martínez

Correo electrónico: cosechadepalabras@yahoo.com

ISBN de la colección: 978-968-9259-36-7

ISBN de la obra: 978-607-7798-07-1

Hecho e impreso en México

Distribución interna

Agradecemos el apoyo de León Pérez Argüelles  
para llevar a cabo esta edición.

# Índice

Presentación	9
Mito	13
Utopía	21



**E**s en el seno de las universidades donde tiene que darse la discusión de los aspectos relevantes para comprender nuestra realidad: la existente y la deseada. Será en ellas donde campee el libre pensamiento, la divergencia y convergencia de ideas que nos acerque a nuevos conocimientos. Y aunque es común hoy en día que en un salón de clase el estudiante dialogue, pregunte o cuestione al profesor, esto que parece normal a nuestros ojos es en realidad fenómeno reciente.

Al poner en manos de los lectores este nuevo volumen de la colección Cosecha de Palabras, recordamos un hecho ocurrido en junio de 1967 en Berlín, Alemania, cuando el filósofo Herbert Marcuse acudió al llamado de los universitarios para dar lectura a su ensayo “El fin de la utopía”. Además de la relevancia del tema, fue notorio que después de su participación, Marcuse entablara el diálogo y la discusión de lo expresado con sus escuchas. Lejos de la solemnidad, la pedantería y el autoritarismo, el pensador alemán escuchó y respondió a sus interlocutores,

algo que era entonces infrecuente. De esta manera, profesores y estudiantes participaron en una de las dinámicas que hoy en día enriquecen la vida universitaria: la reflexión conjunta. Con la edición de este volumen se busca, a través de su lectura, que esta práctica se reavive con *mito*, de Francesca Gargallo y, *utopía*, de Javier Perucho.

Los mitos ofrecen respuesta a la comunidad. Las utopías proponen que la comunidad sea distinta. El mito trasciende la realidad que aparece frente a nuestros ojos, inquiere lo inmediato y lo lejano. Y si los mitos dan identidad, las utopías buscan una nueva. Ambos son discursos paralelos a la realidad, pero necesarios para dialogar con ella. Si bien Francesca Gargallo hace una revisión del empleo y los significados más usuales de la palabra, Javier Perucho por su parte nos ofrece una visión alejada del significado inmediato del término. Cada uno de estos trabajos exige la reflexión participativa del lector. No es el autor quien brinda las respuestas; por el contrario, mediante una escritura inquisitiva y sugerente, que forma parte de su principal aportación, convida al lector a entregarle la inteligencia de sus conclusiones o la confrontación de sus juicios.

*Mito*, de Francesca Gargallo, presenta un breve y sustancioso recorrido a partir del origen del concepto. Se remonta a la Antigüedad para después centrarse en la apropiación que se tiene de este término en nuestros días. En sus palabras, algunas ideas que

ya se tenían por conocidas adquieren nuevos significados, lo que facilita la comprensión actual de su empleo. La reflexión de Gargallo allega conclusiones aplicables a la experiencia cotidiana; de manera que el lector pueda concluir, por ejemplo, lo que de mito posee la literatura de ficción: “Siempre un poco mítica”, nos dice la autora, pues “de esa manera organiza su propio saber, ubicándolo entre lo sucedido y lo deseado, entre el recuerdo y el modelo ideológico, religioso o ético de la persona que lo narra”.

En el concepto de utopía, nos detalla Javier Perucho, se compila la historia de la humanidad, “porque en ella residieron los motores que impulsaron los movimientos sociales”. Es de destacar el tiempo verbal empleado: “residieron”, en pasado, mostrando desde un principio la postura ante el término. Más adelante también se señalan los componentes de la utopía: deseo, postergación, paradoja e imposibilidad.

Si bien las utopías, de acuerdo con su raíz, están desde su nacimiento condenadas a no cumplirse, les concede el autor quizá la función de estrella polar, orientadoras del anhelo de una sociedad libre de calamidades. En su documentada y puntual revisión del término, subyace un desafío al lector avezado para externar su opinión, ya sea para alinearse del lado de quienes albergan aspiraciones que no se pierden en ilusiones o ya sea para considerar, como alguna vez lo señaló Foucault, que hay de utopías a utopías, y que algunas sí tienen lugar.

Esperamos que leer estas páginas propicie el diálogo entre los autores y los lectores. Un diálogo donde libremente se aborden los planteamientos expresados y se haga de ambos conceptos uno más de los motivos para construir el conocimiento que el mundo contemporáneo exige. Al ubicar la validez del término utopía en la compleja década de 1960, Marcuse invitaba a sus interlocutores a liberarse de toda ilusión, pero también de toda actitud derrotista. Tal como en esos años, en la actualidad hacen su aparición necesidades humanas y formas de relacionarse cualitativamente distintas; sin embargo, todavía es la imaginación una de las fuentes donde se pueden hallar respuestas.

En apariencia, no existe razón evidente que lleve a unir estos dos trabajos en un mismo volumen; pero no es del todo casual que en ambos textos se aluda a la Atlántida, la isla; mito y utopía vinculados desde la Antigüedad. De ahí que, tal como ocurrió en ese verano de 1967 en Berlín, este tomo de Cosecha de Palabras invita a imaginar y pensar, como la mejor forma de diálogo con sus autores. Dada la relevancia de ambos términos, el lector tiene la oportunidad de inquirir y debatir la posición de cada uno de ellos. En la tensión entre imaginación y realidad pueden descubrirse caminos para comprender cómo y de qué manera el mito y la utopía forman parte de nuestra realidad.

Mito

---

Francesca Gargallo



Mito es una de aquellas palabras que se utilizan de tan distintas maneras que su uso común casi desmiente su uso científico. Es frecuente escuchar que alguien diga: “Eso es un mito” para dar a entender que se trata de una mentira que la gente inculta o supersticiosa cree verdadera. También es usual que se hable de los mitos, en plural, de un determinado pueblo. En este caso se entiende por mitos narraciones fabulosas acerca de las divinidades, los héroes, los orígenes y las tradiciones de poblaciones del pasado y del presente, de tal manera que se puede decir que “el mito de la virginidad” es una falacia del sistema patriarcal para controlar la sexualidad de las mujeres jóvenes antes del matrimonio, así como se puede hablar del “mito del nacimiento del sol y la luna” en Teotihuacan. En este segundo caso, por mito se entiende un relato religioso que tiene la fun-

*Nada humano me es ajeno.*

El mito, el recurrir a una historia conocida, nos permite hablar de la actualidad de manera inmediata, nos da claves de lectura para entender el mundo. Por ejemplo, la lucha de los indocumentados es la de los nómadas contra los sedentarios. Caín y Abel siguen siendo actualidad. El mito pervive e ilumina el presente.

MICHAEL TOURNIER

ción de ofrecer un fundamento a la realidad, aunque rebasa los límites de la historia y del pensamiento lógico y científico.

Mito es una palabra muy antigua, proveniente del griego que se hablaba hace dos mil ochocientos años, y significaba precisamente “palabra”, “relato”. Era sinónimo de “logos” y muchos filósofos de la Antigüedad usaron las dos palabras de manera intercambiable para significar una idea que se expresa en palabras, un discurso, sin ninguna pretensión de que un tipo de palabra fuera “mítica” y otro “lógica”. Las fábulas de Esopo fueron nombradas “mitos” por Esquilo y “lógoi” por Herodoto, así como Empédocles mandaba a sus discípulos escuchar los “mitos”, las palabras de su maestro.

Fue cerca del año 500 a.C. cuando mito empezó a usarse como “palabra de y para todos”, dicho, opinión popular, historia desprovista de fundamento al no poder apoyarse sobre una demostración rigurosa o un testimonio fiable. Los mitos, desde entonces, agruparon las teogonías y cosmogonías, las fábulas, genealogías, cuentos infantiles, proverbios, moralejas y sentencias tradicionales que se transmiten espontáneamente de boca en boca. Pero siempre mantuvieron el significado de conjunto de palabras organizadas en una narración para ejemplificar

un hecho o una idea. Así, en su diálogo *Critias*, Platón describe un tiempo muy remoto (“han transcurrido más de nueve mil años desde la guerra”) cuando la isla Atlántida (“mayor que la Libia y el Asia”) era la morada de los diez hijos de Poseidón, es decir, inventa un mito para ejemplificar cómo los habitantes de un lugar que razonan sus leyes y se comportan conforme a la verdad conservan algo de su “naturaleza divina”, pero se degeneran cuando “la humanidad se les impone” y se vuelven “incapaces de ver lo que hace feliz a la vida”.

La mayoría de los filósofos del siglo XVIII y XIX entendieron el mito como una forma no perfecta de verdad que, sin embargo, permitiría acceder a la verdad. Esto es, lo consideran ya como un momento “anterior” al advenimiento de conocimientos racionales, exteriores y extraños a las religiones reveladas, ya como una categoría, un conjunto de conceptos que sirve para juzgar las condiciones necesarias para conocer: una categoría autónoma y originaria.

Hoy pensamos que el mito tiene muchas funciones e involucra muchos saberes. Puede escucharse o leerse como una parábola o como un ejemplo, así como puede justificar la historia y las leyes de un pueblo. El discurso científico parece decirlo todo, probarlo todo. El mito re-

*Pedro Páramo*, la novela de Juan Rulfo, se presenta ritualmente con un elemento clásico del mito: la búsqueda del padre. Juan Preciado, el hijo de Pedro Páramo, llega a Comala como Telémaco, busca a Ulises. [...] Juan Preciado asume el mito de Orfeo: va a contar y va a cantar mientras desciende al infierno, pero a condición de no mirar hacia atrás. Lo guía la voz de su madre, Doloritas, la Penélope humillada del Ulises de barro, Pedro Páramo. Pero esa voz se vuelve cada vez más tenue: Orfeo no puede mirar hacia atrás y, esta vez, desconoce a Eurídice.

CARLOS FUENTES

lata todo de manera que desoculte, muestre lo indecible, lo que no puede probarse; para hacerlo, debe desviar de la realidad llana –la que queda asentada en documentos y evidencias– la atención de quien lo escucha. El mito deforma para dar relieve, organiza su propia retórica, utiliza alusiones, giros, recuerdos, eufemismos con la misma libertad que la literatura de ficción –que es siempre un poco mítica. Y de esa manera organiza su propio saber, ubicándolo entre lo sucedido y lo deseado, entre el recuerdo y el modelo ideológico, religioso o ético de la persona que lo narra.

A través de los mitos, por ejemplo, se podría entender la organización política y los temores, las ideas y las necesidades de un pueblo o un grupo de personas en el momento en que organizaron el relato que ha llegado a tus oídos, aunque lo consideres una creencia dotada de poca validez y escasa verosimilitud. Puedes no creer el mito de que Helena era la mujer más bella de Grecia y que sus pretendientes pactaron acudir en ayuda uno del otro cuando ella escogiera uno de ellos por marido, pero al escuchar el relato te quedará claro que Helena era la reina de Esparta, hija de otra reina, mientras que los hombres se volvían reyes por matrimonio... o por rapto. Un mito puede hablar de la cosmología así como

de la división sexual del trabajo, de las técnicas de navegación y de la siembra, de la organización social y de los conocimientos científicos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Detienne, Marcel, *La invención de la mitología*, Barcelona, Ediciones Península, 1985.
- García Baca, Juan David, (compilador y traductor), *Los presocráticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 (Colección popular).
- Iglesia, Cristina, “La mujer cautiva: cuerpo, mito y frontera”, en Georges DUBY y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres. Del Renacimiento a la Edad Moderna*, Vol. 3, México, Taurus, 1992.
- Iriarte, Ana, *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego*, Madrid, Taurus, 1991.
- Platón, *Diálogos*, México, Editorial Porrúa, 2000 (Colección “Sepan cuantos...” 13).
- Vernant, Jean-Pierre, *Los orígenes del pensamiento griego*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1992.



# Utopía

---

Javier Perucho



En la utopía subyace una de las más genuinas aspiraciones del hombre: su redención. En esta palabra sustantiva se encuentra cifrado el destino de la humanidad, pues encapsula lo que ha sido su pasado, su presente y su porvenir. El concepto compila la historia de la humanidad, porque en él residieron los motores que impulsaron los movimientos de cambio social.

La redención del hombre, de ser una creencia de más legítima, es una de las aspiraciones de la especie que ha permanecido incólume desde el origen de la palabra como escritura. La reencarnación en otro ser, animal o planta es otra aspiración de los pueblos que profesan la fe budista asentados en el Oriente. La redención y la reencarnación son creencias indisolublemente ligadas al pensamiento religioso. La utopía, por lo tanto, pertenece a la esfera de las creencias; es decir, forma parte de un dogma, el que a su vez proporciona sentido a una ideología.

Cuando técnicamente están presentes las fuerzas materiales e intelectuales necesarias para llevar a cabo la transformación, pese a que su empleo racional resulte impedido por la organización existente de las fuerzas productivas [...] creo yo que podemos hablar efectivamente, hoy, del fin de la utopía.

HERBERT MARCUSE

Los demás planteamientos de la utopía, digamos por ejemplo los que asolaron el siglo XX, emanados del pensamiento político de Occidente, si bien surgieron cien años antes, tuvieron como epicentro geográfico e intelectual a Alemania. El superhombre y la dictadura del proletariado, son ideologías de las que pueden trazarse sus reminiscencias en el pensamiento evangélico y que, como fuerzas centrífugas, agruparon a los hombres en dos bandos opositores, irreductibles e irreconciliables. Cada uno con sus pretensiones de buen gobierno, riqueza distribuida y mejor vida para el ser humano aunque, paradojas de la vida humana, los persiguieron, encerraron y mancillaron entre las cercas de un campo de concentración o la estepa nevada de un *gulag* innominado. Sin inmutarse, sus prosélitos se aplicaron en propalar y aplicar tales ideologías incluso a costa de la vida humana, beneficiaria final de cualquier utopía.

Ya concluido el siglo que las vio nacer, evolucionar y eclosionar, así como por dichos costos impagables, conviene repasar las utopías que han motivado a la humanidad a buscar un improbable mundo mejor sobre la Tierra. Para ello, elaboraré un horizonte de las utopías que se han arraigado en México, Latinoamérica y Eu-

ropa, centrándome en las configuraciones ideológicas que mayor vitalidad tuvieron en el pasado reciente, la centuria vigésima, que tuvo como epicentros ideológicos concepciones del mundo contrarias: el fascismo, el socialismo y el anarquismo, principales fuerzas de atracción que aún perduran en los estamentos sociales que son la base o cúspide de la pirámide social; dichas corrientes de pensamiento naturalmente ejercen una fuerza de atracción portentosa entre la ciudadanía del tiempo contemporáneo. Respectivamente, sus postulados afirman la idea del superhombre, un sistema laboral con tiempo cero de trabajo y la abolición del Estado. Sin embargo, empíricamente su realización es imposible. A pesar de ello, para algunos pensadores la utilidad de la utopía reside en su cualidad de orientación; es decir, para ellos se trata de la estrella Polar que ilumina al navegante en la oscuridad de la noche pero, en el fondo, tal imagen es un mero resabio, un eco del modernismo; al final, puras añoranzas de la vieja Atlántida.

De manera antecedente expondré la filología de la palabra *utopía*, sus connotaciones e implicaciones ideológicas. Aclaro que no busco aquí elaborar una arqueología del pensamiento utópico, tampoco la historia social de la utopía y, mucho menos, el desmenuzamiento de los

mitos y símbolos que yacen en ella. Ese trabajo arduo, disciplinado e informado ya fue elaborado por intelectuales y pensadores del más variado signo y amplitud de saberes en América Latina durante el último tercio del siglo pasado, a saber: Horacio Cerutti Guldberg, Enrique Dussel, Rubén Salazar Mallén y Mario Vargas Llosa. En Europa, en la segunda mitad del siglo XX: Ernst Bloch, Norbert Elias, Karl Mannheim y Herbert Marcuse. A esos autores y fuentes remito al lector adelantado, pues están registrados en la bibliografía final. Previamente aclaro que, por lo que sabemos en la actualidad, cada cultura, civilización y pueblo prohió sus propias utopías, cuyas ataduras estuvieron sujetas a las coordenadas de espacio y tiempo en que fueron concebidas.

Ahora bien, el *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española, define así el dichoso sustantivo: “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”.

Para los fines de esta exposición, trabajaremos con la tercera y cuarta acepción de utopía dadas por el diccionario académico, en tanto que doctrina o sistema de pensamientos, pues son los aspectos que nos conciernen aquí, además de que procuran congregar una suma

social de voluntades para su concreción improbable. Acoto, antes de proseguir, que la definición académica mantiene un dejo de optimismo y, como órgano colegiado, conserva los pies asentados sobre la tierra cuando recurre al adjetivo “irrealizable” para calificar el término. Y escribe bien, pues la naturaleza de la utopía es la posposición, la falta de realización de los propósitos que declara. Justamente ahí ancla su valor ideológico, en la búsqueda infinitesimal de realización de las aspiraciones del hombre.

Una utopía encierra un anhelo que funciona como estímulo a sus predicadores activos y pasivos, quienes buscarían afanosamente su realización imposible. En el concepto se alojan ciertas paradojas de la naturaleza humana. Así considerada, la utopía se caracteriza por el deseo, la postergación y la imposibilidad, además de la paradoja, en tanto que su etimología la define como el espacio imposible.

Ejemplifico con una modalidad de la utopía expresada en el pasado reciente: la frase “un mundo mejor”, la cual pretendió un *locus amoenus* sin desigualdad, pobreza y con justicia, fue propugnada por la retórica política de otras épocas que en la actualidad se ha convertido en una quimera de realización empíricamente imposi-

El autor de la utopía es un intelectual, un miembro de la inteligencia de una sociedad determinada. Casi siempre tiene una intención moralizadora respecto de la sociedad, escribe su texto de manera oblicua para indicar cómo debería ser un mundo mejor o perfecto.

HORACIO CERUTTI  
GULDBERG

ble, pero no por ello se ha desvanecido su carácter de postulado social. Ésta fue una de las habituales utopías políticas del siglo XX que movilizó a innumerables contingentes humanos con el seco fin de concretarla aquí, sobre el planeta Tierra.

En la historia de la utopía, sus forjadores o predicadores han sido habitualmente los hombres de la elite intelectual. Alfonso Reyes, en su ponderación sobre el pensamiento utópico (*No hay tal lugar...*), dejó asentado algo más que el perfil educativo o profesiográfico de sus predicantes:

De suerte que la misma estrella preside al legislador, al reformista, al revolucionario, al apóstol, al poeta. Cuando el sueño de una humanidad mejor se hace literario, cuando el estímulo práctico se descarga en invenciones teóricas, el legislador, el reformista, el revolucionario y el apóstol son, como el poeta mismo, autores de utopías. Y, al contrario, en el escritor de utopías se trasluce al gobernante en potencia: toda república perfecta requiere, como juez supremo, a su inventor. Utopías en marcha son los impulsos que determinan las transformaciones sociales; ilusiones políticas que cuajan al fin en nuevas instituciones; sueños preñados del éxito y del fracaso que llevan en

sí todos los sueños, y hasta recorridos interiormente por ese despego de las contingencias que, en último análisis, se llama ironía. Quiere decir que nos inspiran igualmente lo que ha existido y lo que todavía no existe.

En este punto, cabe apuntar que desde las ciencias exactas también se alientan las “invenciones teóricas”. Expongo otro ejemplo, perteneciente y desprendido del orden científico que, ya se ha visto, no fue inmune a “los sueños preñados”. Proviene de la imaginación sociológica de Norbert Elias, quien señalaba en su ensayo “¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el futuro?” que la naturaleza de la utopía contiene imágenes deseables como indeseables, el deseo y la pesadilla, el paraíso y el infierno: las “figuraciones” conjugan los opuestos. Sin embargo, Elias explicaría la alternancia de la *utopía deseo* sobre la *utopía pesadilla* como un cambio misterioso dado por el predominio de las ciencias exactas sobre las sociales, la pérdida de las ilusiones que el progreso y las ciencias alentaron, entre otros factores inherentes a los procesos sociales y humanos:

La idea fantástica de una ciencia que actuaría como vehículo invariable del progreso social y de una felicidad

humana mayor, tal como reinó en siglos pasados, estaba destinada a terminar en decepción. Y la decepción generada por una creencia social anhelada puede convertirse en un trauma que puede durar varias generaciones. Hay buenas razones para suponer que el derrumbe de viejas utopías sociales, entre ellas la fe en el progreso automático, en la necesidad de la humanidad del camino hacia la paz y la felicidad, ejerció un efecto traumático de ese tipo. El concepto de progreso ahora carga con un estigma nacido de la decepción de una creencia alguna vez muy estimada. Para muchos, la ciencia con su tendencia inherente hacia el progreso se convirtió en uno de los símbolos de las esperanzas perdidas y ahora esparcidas sobre el escenario europeo a finales del siglo XX.

Sin embargo, aquí conviene regresar a la filología de la palabra. El enlace de las dos formas griegas que le dieron origen tuvo como resultado semántico la frase “el lugar que no existe”: desde la nominación de la palabra literalmente se cancelaba su posibilidad. Ésta es la primera acepción que se registra en el *Diccionario de la Real Academia Española*; la segunda es la anotada folios atrás (“doctrina o sistema de pensamientos”). La palabra hizo su aparición, naturalmente, después de la impresión y

difusión del libro de Thomas Moro *Utopía* (1516), volumen de donde irradió y se trasplantó al español.

El *Diccionario Oxford de filosofía* define el “utopismo” como el “Pensamiento crítico y creativo diseñador de mundos sociales alternativos que *realizarían* el mejor modo posible de ser [,] basándose en principios racionales y morales, en las explicaciones sobre la naturaleza humana y la historia, o en posibilidades tecnológicas imaginadas.” Las cursivas obedecen a un afán de este expositor para resaltar el tiempo y modo subjuntivos en que está conjugado el verbo; es decir, apela al remotísimo tiempo en que eso sucedería.

Entonces, ahí se encontraba una república ideal en germen, fundación sin piedras donde las calamidades sociales –la explotación, la desigualdad, la represión sexual y demás formas de dominación y exclusión sociopolítica, que impiden vivir en felicidad y bienestar a la persona– no *existirían*. Tales son los impulsos sociales que subyacen en las utopías e impelen moralmente a sus propugnadores, sobre todo en las utopías políticas que se desprendieron del pensamiento marxista y socialista; de ellas, las formas del pensar social y accionar político, etiquetadas como alternativas o tercermundistas en la actualidad, se desgajaron y fueron sostenidas por esta-

mentos sociales clave en los que sus ideólogos fijaron su nicho más idóneo.

México no fue inmune a la proyección y propagación de la utopía en sus variantes de postulados políticos o invenciones narrativas. Asimismo, el continente americano, desde su descubrimiento, fue una tierra fértil para acogerlas o formularlas. “El solo descubrimiento de América produjo, como todos saben, una proliferación de sueños políticos entre los pensadores de Europa”, como se señala en la *Enciclopedia Oxford de filosofía*. Y al paso del tiempo, los intelectuales latinoamericanos los postularon y enarbolaron, ya que no estaban inmunizados ante tales tentativas; al contrario, fueron sus más idóneos predicadores. Como se reseña más adelante, desde el siglo XVI, en el hemisferio anidaron y fructificaron los relatos utópicos, y la intelectualidad americana se empeñó en propagar, así como realizar tales empresas de utopía.

Los postulados de la revolución mexicana, “tierra y libertad”, fueron originados desde una tentación utopista, y se fraguaron justamente por las condiciones óptimas para enarbolarlos: iniquidad, explotación, miseria, riqueza acumulada en unas cuantas manos, esclavitud, exclusión. Tales fueron las motivaciones y causas del le-

vantamiento armado de 1910, que no se concretó en un Estado de Utopía, ya que aún perduran las iniquidades sociales. De abolirlas trata justamente la utopía.

Natural herencia de la revolución mexicana fue la cruzada de los libros con que intentó José Vasconcelos alfabetizar, además de dotar de un libro a cada hogar mexicano, producto de sus visiones sociales cuando fue titular de Educación durante el mandato de Álvaro Obregón. Sin embargo, dados sus ímpetus y naturaleza de caudillo, Vasconcelos primero intentó fraguar sus afanes utopistas y, terminados los fragores del combate, verbalizó sus postulados sobre la raza cósmica, la sólida razón de utopía que aún ciñe el destino de los mexicanos. Por las realizaciones de este proyecto, debemos los cimientos de la SEP y la UNAM, dos pilares en el sistema educativo, político y social de la nación.

José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Octavio Paz, los tres pensadores más ilustres del siglo pasado, simpatizaron o defenestraron contra las tentaciones que ofrecía la utopía. Reyes, atento al devenir de los conceptos, rastreó y ubicó en el magisterio de su ensayo “Utopías americanas” el germen de “la utopía política de los jesuitas entre los indios guaraníes” durante el siglo XVI, así como los empeños de don Vasco de Quiroga, “obispo de

Utopía”, en la organización de “un sistema de pueblos que cambiaban entre sí sus industrias”. Dos de sus libros trazan las empatías alfonsinas por la utopía americana: *Última Tule* (1920-1941) fue el primero; en el segundo, eco recobrado de Quevedo, *No hay tal lugar...* (aparecido con intermitencias entre 1924 y 1959) formuló una reseña histórico literaria “para trazar el cuadro de la literatura utópica” que subyace en la literatura universal, dueto de excursos disponible en el tomo XI de sus obras completas.

Por su lado, Paz, en su ensayística de madurez política, abogó por la democracia mexicana, su fortalecimiento y consolidación como *axis* del sistema político mexicano. Baste con leer la prosa argumental con que formuló su análisis en *El ogro filantrópico* (1979), para entender que no hay nada más alejado del relato utópico que esta forma del pensar realista. Eso sí, la crítica de la razón utópica no estuvo presente en sus empresas culturales ni en sus empeños intelectuales; en contrapartida, su afán crítico e inquisiciones políticas se centraron en las modalidades de la transición, el arraigo y las prácticas de la democracia efectiva en México.

Más cercana a nuestro tiempo, la consigna “Todos somos Marcos” se desprendió de un relato milenarista y

utópico que vio en el renacer de las culturas aborígenes una vía de término a las injusticias reinantes: opresión, discriminación, subordinación, miseria, analfabetismo e iniquidad económica. Aunque esa crítica al *statu quo* germinó armada con un fusil, algunas veces de madera, no obstó para que esa herramienta primigenia demeritara la convicción al combate de sus portadores.

En la misma órbita política, la consigna finisecular “Otro mundo es posible” pertenece a un dogma ideológico con el que sus predicadores encerraron la posibilidad subjuntiva de una sociedad con justicia, libertad y sin pobreza materiales o espirituales. Esta utopía probablemente sea la que, por su vigencia, aliente la mayor concentración de ciudadanos en el nuevo milenio. La ecología y sus afanes por el respeto integral a la Naturaleza de igual modo convocan a la ciudadanía, aunque el ecologismo no se trata de una ficción de utopía, sino de la conciencia humana que aboga por la conservación de la especie.

La invención de América fue otra de las utopías que nació del imaginario europeo, pues en ella radicaba su esperanza de cambio, la crítica al *statu quo*; en tanto que utopía, según Norbert Elias, era “una contraimagen de la sociedad existente” en el viejo continente.

Netamente americanista ha sido la idea bolivariana de la integración del continente americano. La frase “nuestra América”, acuñada por José Martí, también encerraba la utopía que alentó a sus habitantes a poseerla en pensamiento, palabra y hecho. Prócer desde el que brotó el germen de la revolución cubana, cuyo triunfo militar y político aconteció en 1959, pero cuya dictadura proletaria se ha convertido en una gerontocracia del caudillismo.

Desde los fervores de la Independencia, América Latina fue un caldo de cultivo natural para el pensar utopista. De ahí ha brotado una cantidad ingente de relatos contrafactuales opuestos a la más dura realidad social en la que se ha vivido en el espacio geográfico continental. Tierra de promisión, esperanza, libertad e igualdad: tales fueron los postulados sobre los que se asentaron las utopías decimonónicas americanas, que en buena medida se cristalizaron en la independencia de las colonias españolas en América.

Entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado, allá en el Sur y el centro de América se libraron batallas civiles sangrientas para abolir la utopía socialista que respuntaba en Chile, Argentina, El Salvador y Nicaragua. Sólo los golpes de Estado, los regímenes militares,

la guerra fratricida y la represión inmisericorde a los adversarios políticos pudieron contenerla. Sin embargo, en el único caso exitoso que derrotó a esos enemigos armados de la utopía, en Nicaragua con el triunfo de la revolución sandinista, la utopía se condensó en una piñata; ahí, el señor de la guerra triunfante se adueñó de propiedades y otros tantos bienes en un ejercicio personalizado del poder. En este caso singular y en el paraíso perdido cubano, la concreción de la utopía se convirtió en una derrota histórica y en un fracaso político para los predicadores de la utopía latinoamericanista.

Ahora bien, Europa fue la zona geográfica donde surgieron las más ardorosas utopías, con excepción de Asia Central, donde la Grecia clásica, país, cultura y civilización tuvo en la *República* de Platón el más remoto antecedente del pensamiento utópico.

Durante el siglo XIX, el viejo continente vivió una centuria feraz en la concepción de sistemas utópicos, temporalidad apenas disputada por el Renacimiento, época de un florecimiento cultural donde irrumpieron las “utopías narrativas”, inauguradas por el relato madre que acuñó la palabra: *Utopía* (1515-1516) de Thomas Moro; proseguido de *La ciudad de Dios* (1623), de Tommaso Campanella. Naturalmente que, subrepticiamen-

te, éstas constituyeron un reclamo y una crítica sagaz al orden político de las palabras, sus realidades y los hombres. Alentaron un grito de protesta. De ahí proviene la utilidad de la utopía como relato metafórico; de ahí, también, su exportación y aclimatación al reino de la literatura.

Por su parte, los pensadores decimonónicos Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), Robert Owen (1771-1858) y Charles Fourier (1772-1837) diseñaron “mundos sociales alternativos”, cuyas premisas residieron en la fundación de una república ideal donde el ser humano viviría en formas justas y armónicas. Sólo la imaginación literaria en su forma de exposición más pura, el relato del hombre íngrimo encallado en una isla, igualaría esas pretensiones de armonía comunitaria.

Aunado al sustrato evangélico, así como a los pensadores renacentistas y decimonónicos, el puente estaba tendido para la inminente germinación del pensamiento marxista, cuyo autor, Karl Marx, postuló las bases ideológicas de la dictadura del proletariado. Uno de sus libros, *El manifiesto del Partido Comunista*, abre con el *incipit* más literario jamás escrito para un propósito político: “Un fantasma recorre Europa. El fantasma del

comunismo.” Para la formulación de esta doctrina, el comunismo, con su natural estilo literario, encapsuló la invención utopista más aclamada y predicada por la humanidad. A partir de ese momento, los hombres se ufanaron en su realización sobre la Tierra como nunca hasta entonces en la historia de las doctrinas sociales; tal diseminación apenas se igualaría con la propagación y conversión del cristianismo en la Antigüedad.

Asia, África, América Latina y Europa fueron las geografías continentales donde esa doctrina encontró su cristalización, no siempre en la forma política más benévola para los pueblos que las habitaban, donde aún hoy, a pesar de la utopía realizada, mantienen sus feudos las más diversas formas de la opresión, la discriminación, la miseria, el analfabetismo y la iniquidad económica. Y donde la alternativa que ofrece la democracia, el relato antagónico de la ficción utópica, de ninguna manera logrará la abolición de esos modos de reproducción social, apenas los remediará con paliativos.

La democracia y el progreso que entraña también son formas emboscadas de la acción utópica, al menos en lo que concierne a la historia de esos pueblos. Apenas en los países del Norte industrializado el sistema de la democracia ha encontrado sus espacios más idóneos

Al hermanar democracia y utopía se está ignorando una de las lecciones más dolorosas del siglo pasado, la de que toda utopía es, desde su origen, una construcción autoritaria, un sueño que, en virtud de su perfección, necesariamente debe ser impuesto y, en consecuencia, no admite las divergencias ni los titubeos propios de la democracia.

HORACIO CERUTTI  
GULDBERG

de concreción política. Y también ahí, en esas geografías, nació el empeño por velar su aplicación en el septentrión subdesarrollado. Aunque en los sistemas democráticos quizá se encuentre la redención –vocablo utópico, si los hay– de las comunidades del Sur empobrecido.

El ocaso de las utopías en el siglo XXI se develó con el término de la guerra fría, se hizo patente su consunción con el desmembramiento del imperio soviético y se mostró como evidencia histórica con el derribamiento de los ladrillos con que se erguía el muro de Berlín; el signo más evidente de su decadencia fue la exhibición de las patrañas sandinistas.

El declive de las utopías propició la orfandad ideológica del hombre, su desamparo ante el credo; sin embargo, la historia del utopismo aún no ha concluido, su final llegará con la desaparición de las eras del hombre.

Las utopías sociales y literarias engruesan el compendio de los afanes humanos contra la desgracia, el infortunio y la pena; y en tanto que relatos, forman parte de nuestra historia intelectual, la enciclopedia de las sociedades que nunca existieron y los acervos culturales de lo imposible.

BIBLIOGRAFÍA

- Bloch, Ernst, *El principio esperanza*, trad. Felipe González Vicén, Madrid, Trotta, 2007.
- Cerutti Guldberg, Horacio (dir.), *Diccionario de filosofía latinoamericana*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2000.
- Dussel, Enrique, “Sobre la utilidad e inutilidad de la utopía”, en *Siega*, marzo-junio, 2005.
- Elias, Norbert, “¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el futuro?”, trad. Vera Weiler, en *Figuraciones en proceso*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- Mannheim, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, FCE, 1997.
- Marcuse, Herbert, *El final de la utopía*, trad. Manuel Sacristán, Barcelona, Ariel, 1981.
- Reyes, Alfonso, *Obras Completas*, vol. XI. *Última Tule. Tentativas y orientaciones. No hay tal lugar...*, México, FCE, 1960
- Salazar Mallén, Rubén, *Las utopías del siglo veinte*, México, UNAM, 1977.
- Vargas Llosa, Mario, *Diccionario del amante de América Latina*, Barcelona, Paidós, 2006.

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*



**Cosecha** de Palabras. *Mito. Utopía*,  
publicación a cargo del **Taller de impresión** de la UACM.  
San Lorenzo 290, col. Del Valle, México, D.F. Se utilizaron tipografías  
Helvética y Berkeley. **Tiraje: 4000 ejemplares.** Ciudad de México, diciembre de 2009.



El diccionario ofrece, generalmente, la lectura de definiciones rígidas, inflexibles; esta Cosecha de Palabras, en cambio, propone una comunicación amistosa con el lector, despliega un espacio para la reflexión y nos acerca al significado de términos que se emplean en toda búsqueda del conocimiento.

Entre tus manos tienes una de las hojas que conforman la vasta fronda de este árbol de palabras, abundante en matices y abierto a variados enfoques para facilitar tu estudio. Repiensa el mundo bajo su cobijo.



*Toma la palabra, el próximo libro puede llevar tu firma*